

Rainy Day Women

A

Nunca supe si **A** quería o no que le mirase el escote. Allí estaba yo, pedaleando frenéticamente en la bici estática, encelado en una de esas pocas horas que dedico a cuidar mi forma física, como si mi físico fuera algo que valiera la pena cuidar por alguien que no ejerciera de anticuario. Absolutamente rodeado de cuerpos atléticos, jóvenes musculados y jovencitas que, menos a hacer ejercicios, iban a cualquier cosa. Un poco como los jóvenes, que levantaban un par de pesas, se entretenían en diez o doce abdominales y luego se empezaban a pavonear delante de las que ya se estaban pavoneando ante ellos, mientras yo, inasequible al desaliento, me imaginaba subiendo el Aubisque cada vez que aumentaba la tensión del rodillo en mi ciclostatic. Y frente a mí, en el banco de abdominales, estaba **A**, quien al haberse vuelto para trabajar la espalda dejaba ante mis esforzados ojos de escalador ansioso las primeras rampas de otras dos montañitas que tampoco me hubiera importado subir (o bajar) en aquel preciso momento, porque las ganas de indurainear se me disolvían en cada una de las gotas de sudor. **A** captó mi mirada de alpinista interesado y se concentró entonces en una disciplina que situaba los codos justo enfrente del (llamémoslo así) desfiladero. Yo, viendo que lo había notado, sin dejar de pedalear, me concentré en vigilar mi imagen en el gran espejo lateral, como si quisiera o pudiera alcanzar a ver el modo en que el supremo esfuerzo giratorio de mis piernas acababa poco a poco con los michelines. que, la verdad sea dicha, eran lo único un poco francés de la tarde, porque ni Tour ni Tourmalet.

El hecho es que estaba haciendo el más espantoso de los ridículos allí encaramado sobre la bici, con mi camiseta negra, como una literaria cucaracha. Y digo literaria, porque aunque eso sea presumir, me cuesta mucho menos al levantarme hacer cincuenta endecasílabos que cincuenta abdominales, y es debido a eso que presento este lamentable aspecto mental y físico cuyo deterioro me lleva algunas tardes a ese gimnasio en donde **A**, viendo que ya no la miro, aparta los codos y espera a que yo vuelva a deslizar mis cansados ojos hacia ella. Todo esto lo veo a través del espejo, sin que ella lo note, por lo cual no caigo en la trampa. Lejos de ello bajo la cabeza, me pongo de pie sobre la bici

e inicio el más recio pedaleo que jamás ignoraron las crónicas ciclistas, mientras el sudor cae como una lluvia rimada y serventésica sobre el entarimado. **A** medio sonríe y yo al final le devuelvo ese rictus miserablemente copiado al Dr. Kimball, que tengo también por sonrisa y mi principal arma en las amatorias artes de la caza. El resto del tiempo nos lo pasamos así, yo mirándola cuando no me mira y ella mirando a ver si la miro, cuando no miro. Luego nos vamos a la ducha (cada uno a la suya).

Recuerdo ésto ahora, comiendo con **A**. en el Efenbar.

Ella va regularmente al gimnasio. Yo cada vez aparezco menos, sobre todo desde que decidimos romper nuestra relación y quedar como amigos. Trabajamos contacto en la terraza del club, mientras ella sentada con las piernas apoyadas en la barandilla miraba agonizar la tarde a través de las burbujas de su bebida isotónica. Entonces fue cuando yo, un ocaso con patas, le sobrevine y me superpuse con un ingeniosísimo "Bonita tarde", mis ojos fijos con descaro en aquel escote que había sido su objetivo durante toda la tarde. Sí, efectivamente, bonita tarde. **A** se echó a reír y pronto intimamos, para romper a los pocos meses, porque **A** puede ser bonita, amable y hasta atlética, pero no es idiota. Aunque esos cuatro meses dieron para mucho. Dios (ese personaje al que a menudo cito con minúscula) sabe que no soy ningún vanidoso, pero vosotros, que no sois Dios ni falta que os hace, podrías tomarme por un presumido cuando leáis lo siguiente. Me da igual. Lo cierto es que quedé, en los meses siguientes a conocerla, tan bien informado de la anatomía de **A** que, ahora mismo, cuando comemos como dos buenos amigos en la lluviosa tarde del Efenbar, ahora que, tal vez por la humedad ella lleva un suéter de cuello alto, estoy seguro de que podría dibujar un mapa de su escote incluso con las dos manos atadas a la espalda.

es.humanidades.literatura

27 abril 2004